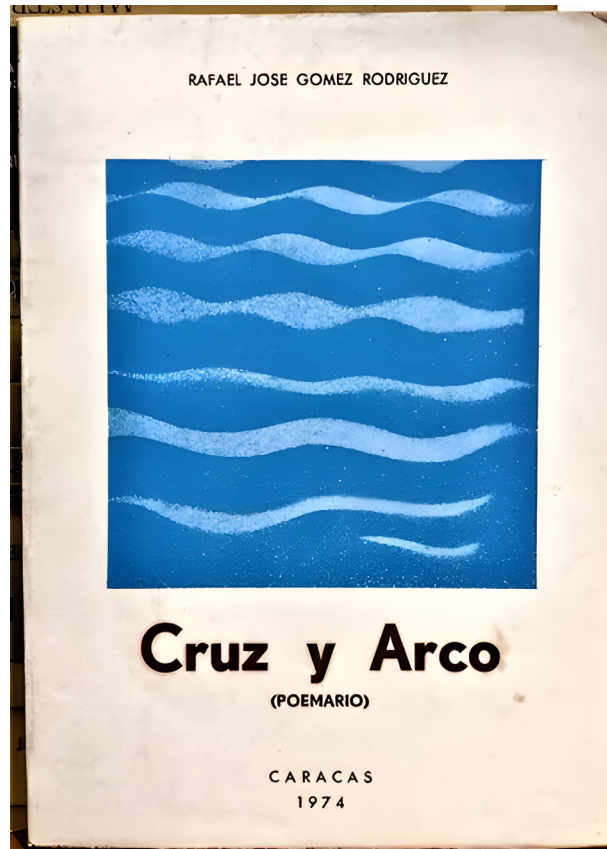


CRUZ Y ARCO: EL EVANGELIO EXISTENCIAL DE RAFAEL JOSÉ GÓMEZ

Poeta bisagra entre dos generaciones.

Ramón Ordaz
 Universidad de Oriente (UDO)
 ramonordaz.quijada@gmail.com



"No escribir sino buscar el deseo de la escritura, la búsqueda de ese deseo ya es un procedimiento literario"

Ariana Harwicz.

Si tuviera que describirlo diría que era un hombre sereno, cordial, amable, siempre atento a oír y a compartir sin amilanamientos los ocultos tesoros de su herencia cultural; sin estridencias, parco en su ritmada consonancia de vida. Era un existencialista, podría concluir, pero ninguna vida concluye cuando ha dejado imborrables huellas a su paso. Recuerdo haberme dicho que era nieto del general José Asunción Rodríguez, uno de esos caudillos margariteños –presidente de Estado en la isla de Margarita durante el gobierno de Cipriano Castro y vicepresidente del Estado Bermúdez (Sucre)- que las tantas revoluciones novocentistas arrastraron hasta Cumaná, el mismo general que desde Trinidad coordinó la misión con Pedro

Elías Aristeguieta para la fallida aventura del Falke (1929).

Era compositor Rafael José Gómez, poseía las partituras de muchas de sus piezas que interpretaba ejecutando el piano. Tuve la suerte de estar presente en algunas de sus veladas. Era un hombre distinguido sin presunción ni ostentación. Después de la muerte del Dr. José Mercedes Gómez –"Peché" Gómez- lo sucedió Rafaelito como cronista de la ciudad de Cumaná. "Peché" era enervante, díscolo, pero siempre terminábamos en santas paces; Rafael José era un santuario donde se podía ir a rezar. En uno de los periódicos de Cumaná mantuvo una página para testimoniar los hechos que recordaba de ese pasado que empezaba a empalidecer. Sus crónicas quedaron desperdigadas en los periódicos locales. Era un hombre de énfasis nocturnos y así fueron nuestros últimos encuentros, diría que semanalmente, porque era nuestro refugio de los viernes en la noche la Pizzería

La Ducheff, un modesto rincón en pleno centro que regentaba un atento y cordial colombiano, Rafael, quien se esmeraba en atenciones para que el anochecer fuera más grato. Allí recalaba, entrada la noche, Rafael, quien frisaba los ochenta y bregaba en su estrecha circunstancia de timonel con una joven dama a la que en repetidas ocasiones agasajaba como una de sus inspiradas creaciones otoñales. El corazón tiene razones que la razón ignora, dijo Pascal. No se discute. ¡Cúmplase!

Podríamos dar cuenta de la historia cultural de Cumaná; a retazos hemos expresado mucho de ese acontecer en otros trabajos, pero brevemente me centraré en la primera mitad del siglo XX, fundamentalmente los años 50, por la singularidad de los acontecimientos urbanos que propició, durante la época de Pérez Jiménez, el gobernador José Salazar Domínguez; cumanes, hombre culto, de claros y contundentes antecedentes en la literatura nacional. Más adelante abundaremos sobre la trascendencia de su trayectoria como gobernador del Estado.

Un poeta silencioso, recatado de toda ostentación, conservaba sus folios escritos para darlos a conocer llegada esa instancia precisa que los griegos llamaron “kairós”; esos juegos de la fortuna que concierta la ocasión, porque el llamado de su palabra así se lo exigía, como llegó a confesarlo en su único libro *Cruz y Arco* (1974): “Este es un libro escrito en su primigenia intención para Cumaná y para los cumaneses. Si vuela más allá de estos confines, será por sus propias alas. Edición de un mil cobardones ejemplares, salida de mi peculio y más para el regalo que para la demanda publicitaria o la oferta mercantil”. Con su poemario *Cruz y Arco* Rafael José Gómez emerge como un poeta singular, solo que su excesiva modestia lo trajo al mundo en un tiempo no propicio, de manera que adquiriera una acogida como se lo merecía. Si en Caracas la recepción crítica es cuestión de élites, siempre ha sido así, qué queda para la provincia que ni con una élite cultural contaba. Hasta no hace mucho, se requería el aventón de un compañero de ruta para instalarse en esa imaginaria mesa de diálogo de la poesía venezolana. Antes de la experiencia que propició el Centro de Actividades Literarias “José Antonio Ramos Sucre”- Casa Ramos Sucre (1983), Rafael José Gómez es el poeta, junto con Luis Beltrán Mago, que tiene una conciencia estética del oficio, lo que lo acerca más a los contemporáneos que a sus pares del pasado. El prólogo que nos ofrece en su libro merece un comentario. En él nos advierte cómo desde su adolescencia escribía poesía y se compenetraba con los poetas de su época. “Descubrimos caminos ignorados, nos dice. Conocimos mejor a los poetas del pasado y del presente y hasta, atrevidamente, pretendimos ser críticos, con esa intrascendente autosuficiencia juvenil de todos los tiempos”. Para quien asume la escritura como oficio, el ejercicio crítico es relevante, pero si no se sabe administrar puede derivar hacia ese criticismo que todo lo ve bajo la lupa de una obstinada racionalidad, lo que puede revertirse luego como esterilidad para el creador. Sus palabras lo ubican por esos predios: “Entonces, ensayamos poemas de nuevo corte. Unos parecían buenos. Otros no. Y seguimos la marcha, dando un paso hoy y estacionándonos en estériles silencios”. Luego hace una confesión donde se atasca. “Medimos en su exacta dimensión lo que hicieron los veteranos del verso y lo que habíamos producido y surgió el complejo de temor a las poderosas subconscientes influencias”. De manera que nuestro

poeta hizo un ovillo consigo mismo y se enredó en sus hilos. Todavía llega a más cuando parece asumir la cruz por posibles pecados. “Luego nos percatamos, insiste, del frecuente e infeliz fenómeno de las mentales coincidencias en el decir poético y nos sobrecogió el pavor de aparecer plagario”. Estos juicios, a más de sinceros y relevantes para lo que era su conciencia de la literatura, nos explican por qué su nombre no aparece en esa lista de los nuevos poetas que dio a conocer la revista Sucre Nro. 14, Cumaná, agosto/septiembre de 1956. Titulado como “Resurgimiento intelectual”, aparece una nota de bienvenida y en las páginas centrales una muestra de los textos de los nuevos poetas. De ese grupo trascendieron Luis Beltrán Mago y Simón Noriega, este último dedicado, más que a la poesía, a la crítica de arte y a la docencia en la Universidad de Los Andes. De los otros, nada puedo ofrecer. Pero continuemos con el poeta. Apunta Rafael José que “Por último, la vida golpeadora, la observación del ser humano -complejo de virtudes e imperfecciones- la autoobservación y esas reflexiones resultantes del aprendido método de mirarnos por dentro, nos proporcionó el interesante laboratorio viviente donde el fenómeno poético logró producirse en magnitud diferente: en la voz trasuntadora de lo visto más allá de la forma, de lo venido... ¡sabe Dios de dónde! Pues se escribe y parece que uno no lo escribió; de aquello que uno mismo, después de realizado, trata de analizar e interpretar; del producto del más surtido ánimo por lo que nos agrada o se detesta, en fin, del mensaje, las visiones y el fraseo que solo valen por sinceros, resultando más sublimes por ello que por la erudición o la belleza”. El fragmento es más que significativo y autodescribe al poeta que era. Muy probablemente sea el primero que asume su oficio de escritor ante sus contemporáneos.

Me he detenido en el prólogo porque lo considero de suma importancia a la hora de construir cualquier juicio alrededor de la obra de un poeta. La reflexión sobre el oficio y el norte estético que expresa, estacionarse para situar un lugar entre los poetas del pasado y del presente, proyectar la mirada en función de una concepción o cosmovisión del mundo es, para cualquier observador crítico, lo esperable en cualquier autor que asume un compromiso con la escritura. Excepcionalmente conseguimos actitudes como estas, actos de conciencia estética en los que el escritor sopesa los frutos y los avances de su obra. Sumado a lo anterior, nos queda el regocijo de que son evidencias de cómo desde la cultura local se piensa el producto literario. Eso solo es concebible desde los espacios de la modernidad, de cómo han encarnado en los espíritus, lejos de los privilegiados centros del poder cultural, los conocimientos de las nuevas preceptivas literarias en ese afán de búsqueda para trascender la agenda del pasado.

Es clara y determinante la decisión del poeta al estructurar su libro en dos partes. Aunque el título *Cruz y Arco* tiene evidentes connotaciones simbólicas dentro de un amplio marco histórico, podríamos asumirlo también como oculto paratexto en el que “Los primeros...de mis afueras” constituye el duro ascenso a la cruz; mientras que “Los otros...de mis adentros” son el extendido arco de quien está presto a liberarse. Cualquier disparo con el arco no deja de ser un contundente mensaje. Si *Los primeros* (la cruz) son el yugo, el agón por el que pasó una comunidad de pueblos; *Los otros* (el arco) devienen identidad del

hombre, del individuo instalado en una modernidad crítica; el sujeto secularizado en su protagonismo conflictivo, porque no encaja en esa contemporaneidad en la que están en permanente cuestionamiento sus valores, podría decirse, desde que el hombre ocupa el centro del universo, en el que todo se ha acelerado, todo es una carrera imparable hacia un progreso siempre evanescente, frente al cual la única posibilidad de transigir con la vida no es otra que “adentrarse”, pagar el karma del distanciamiento, aceptar el credo que pasa por el rechazo y asumir la subjetividad plena. En cierto modo ese ha sido el camino recorrido por la poesía desde el surgimiento de las vanguardias a nuestros días. De este modo “Los otros...de mis adentros” dialogan con el espíritu de la poesía contemporánea.

¿Cuál es la Cumaná que vivenció en el cruce de dos épocas el poeta Rafael José Gómez?

No olvidemos que el pasado colonial de la ciudad sufrió un rudo golpe con el sismo de 1929. Este año trágico significó un quiebre en la tradición de las familias cumanasas, tanto o más traumático que el ocurrido en 1853, cuando muchas familias migraron, entre ellas, la del poeta Miguel Sánchez Pesquera; sólo que de aquel entonces a las tres primeras décadas del siglo XX la voluntad de reparar los daños, de reconstruir parte de las estructuras caídas, le había repuesto su rostro del pasado, aunque persistían muchas carencias. Esa recuperación, lenta, pero determinante en el tránsito de ponerse a la par con otras ciudades del país, va a ocurrir en la década del 50 durante la presidencia del coronel Marcos Pérez Jiménez, gracias a la escogencia del cumanés José Salazar Domínguez, quien como gobernador llevó a la práctica una encomiable y bizarra gestión. Un gobernador de excepción que, si bien estaba graduado en leyes, su experiencia caraqueña nos los ofrece como alguien que venía de una fecunda pasantía con los grupos literarios de la capital, en la que destaca su participación en la revista *válvula* (1928). Luego de los acontecimientos de 1928 en Caracas, lo tenemos de retorno en Cumaná, donde llegó a publicar esa extensión de la vanguardia de *válvula*, la revista *navío* (1929). No ha tenido un gobernador el estado Sucre como José Salazar Domínguez. A él se debe la modernización de Cumaná en diferentes ámbitos. La edición de la revista *Sucre* y la publicación de una bibliografía importante de Cumaná, ya hacen una distinción, pero durante su ejercicio de gobierno se abrieron caminos por tierra, mar y aire para convertir a Cumaná en un destino de interés nacional. Los ranchos de bahareque y palma fueron sustituidos por viviendas dignas. La vialidad urbana fue replanificada; así surgieron la avenida Santa Rosa, la avenida Gran Mariscal, la avenida Mariño que fue extendida hasta el barrio Plaza Bolívar, lo que otorgó mayor relieve a los suburbios de Altigracia; se crea la redoma de El Indio, que se distinguió como el grupo escultórico del mismo nombre, modelado por el artista italiano Giuseppe Pizzo, espacio que sería el ícono de entrada a la ciudad capital de Sucre; entra en funcionamiento el aeropuerto de San Luis; se construyen edificios modernos por iniciativa de la empresa privada; las carreteras Cumaná-Guanta y Cumaná-Cumanacoa extienden sus brazos al resto del país; es inaugurado el Central Azucarero de Cumanacoa; crecen la industria de la pesca, del tabaco, de la sal, del turismo, lo que pone a prueba el potencial económico del estado. La Universidad de Oriente, entre amorosos conciliábulos,

está a punto de poner la primera piedra para su fundación. La vida social ha erigido sitios de recreación como el Club Social-Deportivo Caribe, el Club de Leones, el Rotary Club, el Club Alianza, el club de Damas Bolivarianas, dedicadas a obras sociales, el Cine Bar “La Glacière”; se hacen las fundaciones para un nuevo hospital y un hotel moderno exhibe sus estrellas en San Luis; el periódico de Juan Acuña, *Renacimiento*, no deja de faltar semanalmente; el poeta renombrado de la ciudad es José Agustín Fernández (1895-1979), con la música antañona en sus versos; el singular poeta y humorista Humberto Guevara muere en 1954; Luis Beltrán Mago hace vida pública y literaria en Caracas, igual que muchos otros del patio cumanés; mientras Domingo Antón, que hace obra meritoria en la revista *Sucre*, es un héroe anónimo del periodismo local que tal vez opacan decanos como Marco-Tulio Badaracco y Juan Acuña; tenemos que los nuevos poetas, todavía amarrados a la preceptiva clásica, de entre ellos, algunos ensayan nuevos vuelos, dialogan con las nuevas tendencias, respiran los aires de la poesía moderna, empiezan a incursionar con timidez, los tiente el ruido de la vanguardia caraqueña, procesan y prefieren callar, porque todavía Andrés Eloy, fallecido trágicamente en Cuernavaca (1955), pesa como obra consumada; en otro extremo, José Antonio Ramós Sucre sigue siendo un enigma: no hay fuerza todavía para escalar esas cumbres y retratarse con ellos. Ese debe haber sido el panorama que veía, entre luces y sombras, el poeta Rafael José Gómez, que escribía y guardaba, decantando más tarde de sus escritos aquellos textos que valían la pena, luego de someterlos al arbitrio de su conciencia crítica. Su espíritu conjugaba la brevedad de lo suyo contra la abundancia de otros en ese tránsito de una época a otra, ese paso que hay que dar y acobarda la inseguridad, pero que busca el consenso de una provincia que sigue anclada en el pasado, mientras lo desasosiega y seduce el brillo de un verso más coloquial, más directo, más irreverente y contemporizador con los fulgores que llegan de otras tierras; más suya, más auténtica en el acto de redimirse a sí mismo. Esto podría explicar el acendrado prólogo de su breve obra *Cruz y Arco*, porque hartó debió vivir secuelas bohemias de los muchos poetas que polulaban en la Cumaná de mediados de siglo como Ramón Suárez, Ramón Núñez y el quejicoso José María Díaz en los versos de sus *Brumas*: “¡Ay! Cuántas veces del impío labio/ surgen hacia el poeta infames burlas,/ cuando para escribir versos del alma,/ sangre del corazón moja la pluma!”

Después del Ángelus, Cumaná se movía durante el día y la noche con música de piano. Según los cronistas, en San Francisco había más de treinta pianos. De las casas brotaban los arpeggios de las damas que ejercitaban sus músicas y dejaban un bouquet de añorados bosques de bohemia que embriagaba a los poetas. Ramón Núñez invocaba la “aristocracia de la primavera” contra esa otra engreída de “sangre azul” y Ramón Suárez cantaba a la bohemia con enardecido romanticismo. “Voces de olvido” es un soneto suyo que expresa aquellos momentos: *Teresa de Jesús: yo lo que quiero/ es un anhelo de escuchar tu piano,/ de que brote un nocturno de tu mano/ y después se confunda con el viento. // Chopin es el marqués del sentimiento/ y es un buzo Beethoven de lo arcano:/ mas en Chopin hay algo sobrehumano/ que viste de lirismo el pensamiento.* Por esos cauces del verso echaron a rodar sus penas los poetas. Rafael José Gómez no escapó al contagio. Reservó para sí, ya que nunca los publicó, poemas del estilo bohemio de la época. Así dejó sin publicar los pitirreos “Los fiambres de mi fiambarrera” y un libro de tema

amoroso que tituló “Mi sostenido amor de casi nunca”. Nótese el título de calibre musical.

Debo advertir; antes de comentar la segunda parte de *Cruzy Arco*, que la certificación de un poeta no viene por la cantidad de libros publicados. Abundan los poetas con innumerables libros de poesía, y apenas unos pocos alcanzan el consenso del público lector, que es, a fin de cuentas, el que sanciona y otorga el prestigio y aceptación de ese laurel que parecen llevar muchos. Creemos que existen poetas sin libros, así como hay poetas con ganados consentimientos de sus lectores por unos pocos de sus textos que son expresión de una época y dialogan con el común creando espacios de obligada referencia en la comunidad a que pertenecen. Roger Chartier ha caracterizado y explicado lo que modernamente se conoce como la “comunidad de lectores”. Por mucho mercado que haya de por medio, la comunidad de lectores constriñe, con mayor propiedad aún en los pueblos, en las pequeñas ciudades, cualquier posibilidad de universalismo. Para lo que pudo haber sido Cumaná a mediados del siglo pasado, sin lugar a dudas el oficio de escritor es tarea que circula entre unos pocos, pero aún así, con ese baremo, se construye la literatura de una región. De manera que la obra de Rafael José Gómez constituye una referencia importante en el tradición poética de la ciudad de Cumaná, tanto por la valoración estética que hace en el prólogo de su libro como por la trascendencia que tiene esa segunda parte de su libro *Cruzy Arco*: “Los otros... de mis adentros”.

¡Caracol de mil años!

¡Viejo rey caracol!

¡En el ayer, un mar!

¡Un fósil hoy!

Rafael José Gómez

Centraré mi interés en la segunda parte de su libro, la que abre con el poema “Viejo rey caracol”, en el que nos pone de vuelta a la ancestralidad del mar, cuyos oficios simboliza en su mínima expresión el caracol. Su calcárea, residual existencia, enclavada en los cerros que circundan la ciudad, donde en algún momento de su historia estuvo el mar, constituye un referente en la que se aposenta cierta prehistoria que puede dar cuenta de nuestros antepasados y que, más íntimamente, es la piel de nuestra propia vida, la huella en donde alcanza a ver su propia identidad:

Descansa aquí en mi mesa mi rey viejo

que yo te daré el alga de mi lecho

y el yodo de mis versos.

¡Jorobado de nácar!

tal vez en tu retorno

serás el compañero de mis huesos.

Quienes hayan hecho ex/incursiones por los cerros de Caigüire deben haberse percatado de cómo, al remover la rojiza tierra, afloran bivalvos de distintos tamaños, los que el tiempo

milenario ha fosilizado. En las casas era normal conseguir estos fósiles cumpliendo alguna función, ya decorativa, ya utilitaria como pisapapeles en el escritorio público o familiar. Esa escena la recrea el poeta: “Y en mi mesa de estudios/ te puse la corona de mi verso. / Y en mi imaginación te volví nuevo, / recién dado de alta por las algas, / recién dado de baja por el cerro”.

De este poema de Rafael José conseguimos una transtextualidad evidente en la poesía de Celso Medina, en la que están presentes esas reminiscencias del mar, esa brumosa antigüedad de nuestro origen. Escribe Medina en “Cerro ocre”:

La greda corría como oro

hendiendo sus hierros

en este pueblo que vivía de caracoles muertos.

Escalábamos sus pequeñas colinas

como quien explora mares infinitos

Aquí estuvo el mar

nos decíamos...

El contrapunto es claro y satisface apreciar esas correspondencias de nuestros poetas. “Tú volverás al mar, como volverá al mar/ el cerro, tu sarcófago de tierra”, ha escrito antes Rafael José Gómez, lo que nos advierte de un luminoso diálogo de dos generaciones, de cómo las palabras de los poetas no caen en el vacío, aunque su destino sea, como los ríos de Jorge Manrique, la inmensidad del mar.

Cabe resaltar, por último, lo siguiente: poemas como los que escribió Rafael José Gómez para dar cuenta de su proceso de creación literaria no tiene antecedentes en Cumaná. Ni siquiera en los poetas que dieron a conocer sus obras después de los sesenta hasta las últimas décadas del pasado siglo, podemos apreciar el estilo confesional y disruptivo presente en los textos de Rafael José Gómez. Los poemas de esta etapa rompen con la propia tradición poética donde se había embarcado, instaura una voz renovada, disonante con su entorno, un diálogo de música sorda con la inexistencia de sus iguales en la Cumaná de entonces. He llegado a creer, nada tiene de raro, que por ciertas filias políticas partidistas, se tienda a soslayar, a menospreciar la obra de algunos poetas. Ha ocurrido, sigue ocurriendo, pero es el precio que hay que pagar por tales compromisos, aunque en el caso de Rafael José creo que no es aplicable el prejuicio, primero, por lo tardío de su publicación; segundo, por la falta de difusión e ignorancia que imperaba para el momento de circulación de su obra y, además, porque no se conoció fanatismo alguno en sus funciones públicas. No existía un sólido grupo de recepción para un fructificante diálogo con lo suyo. No voy a divagar muchos sobre los textos de la segunda parte de su libro, prefiero más bien despertar el interés hacia ellos, y nada como ofrecer una breve muestra para ilustrar las antecedentes palabras. Confieso estar tentado de regodearme en la actualidad de estos poemas, de ponderar su nihilismo, sus versos cortados a la medida de una época, su oculto diálogo con otros poetas, pero no le agüemos la fiesta a los lectores.

PORQUE VOY A ESCRIBIR

Me hacen reír los huesos florecidos
de Adanes y Caínes,
en tanto paraíso excrementado.

Y los poemas:

Los de todo poeta usufructuario
del acervo mental de los proyectos.

Me hacen reír las crisis hidrofóbicas
de canes literarios,
sin máxima razón, y a dentelladas;
el ansia de concursos, y el flagelo
de pálidos jurados,
torpeando la emoción de un nuevo acento.

En cambio, me atosiga,
el pérfido frustrado, teorizante,
que se da a todo dar, y lo acotejan;
y en cada hueco corazón espeta
su lágrima oclusiva.

Mejor discrecionarse
de tanta impropiedad sublimada,
y acatar al protervo, aunque uno quede
algo muerto de todo, y no de muerte.
Porque voy a escribir...aunque me envaine.

TENGO QUE AMAR ASÍ

Tengo
que amar a los escasos
y pequeños gigantes
de posturas
incólumes, libres, impertérritas.

A los que echan a un lado la Academia.
A los que escriben porque no los leen.
A los que hacen muñecos de papel
y máscaras grotescas.

Al que es prudente al definir el arte.
Al que lava sin pena su camisa.
Al que hace teatro sin taquilla.

Al que libera el dedo del brillante.

Al que no dice adiós, y no regresa.

Al que sabe dormir en su desorden.

Al que trata de hermanos a los muertos.

Al vate que olvidó la cinta métrica.

Al que vive su hambre sin miseria.

A los que no hablan, ni chillan, pero piensan.

Al sabio que no es bruto...

Al bruto que no es sabio...

Al que entierran de balde.

Al mal poeta.

Sí. Amo a cuantos no sean como yo,
en todo lo que fallo,
y en cuanto soy.

Amo al loco que entiende su locura,
y al pobre cadáver que no sabe
que luce acicalado en su velorio,
o que yace olvidado
hediendo a campo abierto.

¡ARRE CEREBRO!

Soy el que, mirándolo bien
ya sabe desnudarse
y se hace el asno
para su liviana carga de mundo.

Tengo una desordenada biblioteca
muy bien tirada en sus estantes,
un Quijote a toda Mancha,
algo de biblia popular, un Lázaro
de Tormes, doctor honoris causa
en traillar letrados execrables
y una brocha gorda de cuanta cosa tiñe
mi ignorancia.

Admiro al hombre,
quiero al hombre,
resiéntome del hombre
y lo detesto, amándolo
como lo veo en el primer intento

pegado a su hemoducto,
vacío de excrementos;
en su mortaja, impávido,
oficialmente declarado muerto,
o como criatura
perversa, semoviente,
literalmente vivo,
y ...dragoneando en su curriculum
vitae.

¿Por qué ponerle coto al topo?
¿Para qué tanta sabiduría ajena?
¡Arre, cerebro! ¡Arre!
No te importe...

SI ASÍ VALE DECIRLO

*A José Manuel Castañón,
Con admiración y afecto.*

A cada loca y pasajera vista,
me voy calando
para el gran gusaneo inevitable.
¿Cómo acabar con tanta mano limpia!

Soy animal peinado, lavado y aplanchado
y llevo pluma en el bolsillo.
¡Así serán de pálidos mis actos!

Sesenta vidas vivo oxigenado
para renunciaciones, chismes, rompimientos.
¿Cómo negarle lágrimas a un muerto!

A veces le reporto a mi criterio
eso de que hoy me buscan,
y mañana me olvidan, me negrean.
¿Savoir faire es un tonto sacrilegio!

Mi yo jipi, bohemio, existencial.
Mí yo gitano.
El de barbas, melenas, piojos, fétido.
Y el de hojillas,
barbero semanal, aromas, perlas...
¿Qué son?
Conceptos...Más conceptos...

La mente en ascuas,
desnudos cuerpos en cámara nupcial,
o amor al fresco,
¿Qué son al descubierto?
Conceptos...Más conceptos.
¿Qué sacos de complejos es el hombre!
¿Qué soberbio es el culto! ¿Qué soberbio!

Se murió mi maestro...
Y lo enterraron solo, sin su lista.
También los alfabetos entierran
a sus letras.

Hay un pezón latiendo en cada boca,
y una boca abierta en cada pecho.
¿Por qué tanto cadáver succulento?

Con chistes de poeta no me enredo...

¿Perdón Chaplin! No saben
que no deben correr tras del sombrero.

Yo no soporto tanto teorizante;
y a lo necio, a lo tonto, me pregunto:
¿Será en verdad placer leer a Dante?
¿Será buena la hembra del amigo?
¿Vale decirle ¡párate! al lisiado?
¿Se acabará el pronombre posesivo?
¿Qué hace un par de muletas sin un cojo...?
¿Por qué no amar al prójimo que se harta?
¿Cómo se quita el pan hasta al hermano?
¿Por qué buscarle cura al pederasta?

¿Lucha tanta mujer contra sus glándulas...!
¿Tanto Sancho reniega de sus panza,,,!
¿Para enterrar la muerte en las galleras
tendremos que implanta la gallocracia?

¿Pícalo gallo..! ¡Olé..!
¿Valientes expresiones...!
¿Qué dices Castañón?
Tú que eres manco,
¿aceptarías esta reflexiones?

ACCION DEMOCRATICA



SECCIONAL CUMANÁ
UNIDAD DE RELACIONES INSTITUCIONALES

Responsable Político:

Dr. Rafael José Gómez B.

Cumaná 24 de febrero de 1989

Señor
Ramón Ordán
Director del Centro de Actividades Literarias José A. Ramos Sucre.
Ciudad.

Apreciado amigo:

Tengo el agrado de acusarte recibo de tu grato envío de la Revista del Centro, de la Obra fervorosa de mi dilecto amigo Dr. Luis Beltrán Magó y el folleto con las profundas y hermosas letras de Silvia Dióverti, de mi mas merecida admiración.

Para cualquiera que busque decorarse, siendo apetente con los objetivos cmlrurales, tus acciones positivas en esta ciudad y en esos aspectos, son un brindis estupendo de polforomos efectos y substanciales resultados.

Muy caro hemos pagado los cumaneses, en el devenir de los tiempos nuestra pesada conducta contemporánea, inhibidora de las aptitudes artísticas, que en años idos tanto florecieron. Y tú, Ramón, quijoteando en el potro de las inquietudes, estás tratando de hacer el milagro de la resurrección de nuestras atávicas virtudes literarias, ya sea, recogiendo obras que ya estarían siendo pasto de los grillos y las trazas, bien, preocupándote por acopiar y amparar del olvido, escritos, poemas y otras producciones del talento cumanés.

Esa labor merece todo nuestro reconocimiento y con seguridad marcará una página dorada en toda la secuencia de tu vida promiscua.

Recibe un abrazo fraternal de tu

Afirmo s.e. y amigo